

DETALLES DE UNA VIDA

P. Francisco Álvarez:
Fundador de la Misión de Sepahua



Ángel Pérez Casado, O.P.

LEYENDAS Y ANÉCDOTAS DE LA AMAZONÍA

1. Los últimos caucheros

La muerte violenta, el asesinato era muy común en el tiempo del caucho en la Amazonía. Muchos de los principales caucheros murieron así. Con estas palabras inicia el P. Farruco el capítulo dedicado a los últimos aventureros del caucho que se habían internado en la selva en busca de un enriquecimiento rápido, y donde la única ley que imperaba era la del más fuerte.

A continuación, hace referencia al asesinato de dos conocidos caucheros, uno de ellos el español señor Perdiz, *que tenía sobre su conciencia muchas muertes, fue asesinado en el alto Madre de Dios por un empleado suyo.* El otro, el señor Sharf, murió en su principal centro cauchero en el río Piedras, afluente del Madre de Dios. Los que mataron al señor Sharf, *habían sido sus mismos empleados y peones,*

vestidos de campas, que se habían cansado de las tiranías e injusticias del patrón.

Incluimos en este capítulo la historia de Fidel Pereira, quien mantuvo frecuente trato con los misioneros de Koribeni y Chirumbia, y que poseía una extensa hacienda trabajada por selvícolas machiguengas en las cercanías del Pongo de Mainique.

La razón de su confinamiento en aquellos parajes solitarios fue por un suceso muy desagradable que le ocurrió de joven. Había matado a su padre, como éste antes había matado a su abuelo. Estando el señor Pereira cursando los estudios en la Universidad de Cuzco, le escribió su padre que bajase a visitarle, que hacía tiempo que no llegaba, y que tenía una mujercita muy bonita para dársela de mujer. El señor Fidel no hizo caso y siguió en el Cuzco. Cuando solo le faltaba un curso para graduarse bajo a visitar a su padre con intención de estar

solo poco tiempo. Le recibió su padre con mucho contento... Un día le preguntó a su padre, dónde estaba la chola que le había escogido para mujer. El viejo le contestó que como había tardado tanto tiempo en venir se la había cogido para él, y que ya le buscaría otra. Le contestó el hijo: que no importaba pues ya habría bastantes mujeres donde escoger.

Pero después de unos días el viejo comenzó a tener celos de su hijo temiendo que le quitase la mujercita. Cada día que pasaba aumentaban los celos hasta que un día que estaba borracho agarrando el rifle fue a buscarle a su habitación para matarle. El Sr. Fidel se escondió detrás de la puerta y al ver a su padre decidió matarle disparándole su revolver. Desde entonces no se atrevió a salir a ningún pueblo civilizado hasta más de treinta años después.

El pobre estaba obsesionado con esta muerte y en todas partes temía que alguno lo matase; al salir de su casa no soltaba de la mano su rifle o su fusil. Su hijo mayor, Mariano, le confesó al Padre de Koribeni que estaba aburrido, porque siempre estaba desconfiando de él, que vivía más arriba del puesto de su padre. Que si tardaba algún tiempo en visitarle, el viejo creía que le estaba preparando alguna emboscada, y si iba a visitarle con frecuencia, era peor pues creía que le andaba espiando. Más tarde falleció Mariano y el viejo quedó más tranquilo.

Un resto de estos antiguos caucheros, vivían tranquilamente y les gustaba mucho contar, llenos de nostalgia, los tiempos de la fiebre del caucho.... Algunos de ellos como los hermanos Urresti, Aurelio y Enrique, pervivían en sus deseos frustrados de grandeza, alimentando su imaginación con historietas que nadie creía. El señor Aurelio había derrocado a varios Presidentes de la República, sin querer aceptar nunca ningún puesto para estar más libres de compromisos.... Valentía y arrojo que también había demostrado en apasionantes luchas victoriosas con enormes tigres. Su hermano Enrique, según le dijeron al P. Farruco, era mucho más famoso y agradable contando las más fabulosas hazañas.

La mayoría de los caucheros murieron como habían vivido. Pasaron la vida entre crímenes e injusticias. Su manchada conciencia les apartó poco a poco de Dios: la degradación y algunas comodidades les hizo olvidar el cristianismo, pasando su vida como simples paganos, sin apenas remordimientos de conciencia... Que el Señor se haya compadecido de ellos, pues muchos al fin fueron buenos chacareros.

2. Tráfico de menores

Las correrías eran asaltos a mano armada de caseríos y poblados indígenas en las que los hombres que resistían eran muertos y los restantes hechos esclavos con sus mujeres y niños. A los hombres se les

señalaba una estrada –cien árboles de caucho-, para que la trabajasen, bien vigilados, y a las mujeres se las vendía o destinaba al mejor postor. En el Bajo Urubamba, conocí a un señor que se había dedicado en el tiempo del caucho a la compraventa casi oficialmente, o por lo menos todos sabían que ese era su negocio, acudiendo a él los que deseaban conseguir un cholito o una cholita, como así llamaban a los menores, que se negociaban de las tribus indígenas.

El precio de esta mercancía humana, oscilaba según el estado físico de las personas en venta o la dificultad en conseguir el «producto». Todavía en 1953, el misionero franciscano P. Alegre, denunciaba que *por una niña campa se había pagado sesenta libras de oro, y por un niño de la misma tribu, un mosquitero y algunas otras chucherías.*

El P. Farruco relata el caso de Roque, un machiguenga que trabajaba a las órdenes de un blanco llamado Macario Ríos, vecino de la mi-



Junto con otros pobladores de Sepahua, el P. Francisco recibe al P. Ricardo Álvarez en su llegada a Sepahua.

sión del Sepahua, quien le había mandado al río Manu con el encargo de comprar unos niños. De los cinco que consiguió, dos se le habían ahogado en el trayecto en un volteo que tuvo la canoa. Los otros tres le habían costado: un mosquitero y un hacha, un niño; un machete, un hacha y unos anzuelos, una de las niñas; la otra niña, se la regalaron, ya que no la querían porque estaba muy flaca.

En este tráfico humano, estaban implicadas gentes de toda clase y condición. Un grupo de soldados destacados en alguno de los puestos de la selva que tenían contacto con las familias amahuacas, antes de licenciarse bajaron con unas mujeres y dos niñas. *La mujeres quedaron con los soldados..., y a las dos niñas las vendieron por doscientos soles cada una, a un suboficial sanitario llamado Cárdenas y a un comerciante, llamado Ricardo Chú.*

Ni que decir tiene, que el P. Farruco desde el primer momento denunció todos los casos de los que él tuvo conocimiento, sin importarle quienes estuvieran implicados. El problema es que más de un juez fue comprado, retrasando el ya de por sí complicado trámite burocrático de las denuncias, como sucedió en el suceso que acabamos de relatar:

En algún caso el P. Farruco cortó por lo sano, y tomó por su cuenta medidas más eficaces. *Al hacerme cargo de la Misión del Rosario Sepahua..., me propuse cortar el tráfico de menores en el río Urubamba. Supe que eran dos los que subían por el río y hacían ese negocio: el señor Carlos Ríos, y un tal Collazos.*

A Collazos, que trabajaba para Carlos Ríos, le convenció fácilmente, pero con el patrón Carlos Ríos la cosa fue más complicada, ya que se las apañaba para burlar la vigilancia del P. Francisco, cuando trasladaba de una parte a otra miembros de la tribu machiguenga. Por fin un día el P. Farruco consiguió hablar directamente con Ríos:

Le dije que no pasase más veces con muchachos, que sabía que la noche anterior había bajado una balsa con tantos muchachos, y que se me había pasado por un descuido, pero que sería la última vez que me pasarían de largo, ya fuesen de día o de noche. Que la próxima vez le denunciaría a la autoridad. Se calló un rato y después me dijo que el río era de todos y que pasaría cuando le diese la gana. En cuanto a la denuncia a las autoridades, que la hiciese que no sería la primera denuncia que tenía ante la autoridad, y que sería papel mojado y nada más.

Le contesté: Ya sé que en Atalaya, sería papel mojado mi denuncia. Pero lo que yo haga no será ni en Atalaya, ni en Pucalpa, sino en Lima. Además agregué tengo buenos rifles y cuando surque para arriba, pondré guardia día y noche, y veremos quien gana. Tengo a los piros y a los amahuacas que me respaldan en esto. Así queda usted avisado y hablaremos con los rifles en adelante. La esclavitud ya se terminó hace mucho tiempo...

No volvió más a subir por el Urubamba, sobre todo por las razones de los rifles,

seguramente porque a los amahuacas los temían todos mucho... De que las autoridades estaban complicadas, y que sería papel mojado cualquier denuncia que se les hiciese, ya lo sabía de sobra...

Hubo casos en que estos nefastos traficantes, murieron a manos de aquellos que habían sufrido sus abusos. Esto fue lo que le pasó a un tal Angulo, reincidente en *organizar correrías en busca de nativos*. Este individuo, después de haber hecho una escabechina, mandando a unos cuantos kugapakoris del río Ticumpinía, y llevarse a otros como esclavos, al año siguiente quiso repetir la operación. Pero con lo que no contaba, es que dos de aquellos *aparentemente sumisos kugapakoris*, que el año anterior había esclavizado, pacientemente habían esperado el momento oportuno para acribillarle a balazos, así como a otro compañero blanco, llamado Martínez, que iba con ellos en la funesta expedición.

Un amigo de Angulo, llamado Sotomayor, que vivía abajo de Koribeni, y también aficionado a estas correrías, cuenta el P. Farruco, que *mientras dormía la siesta profundamente, se le acercó sigilosamente uno de sus peones indígenas y con una gran piedra le aplastó la cabeza matándole instantáneamente. Todos vieron en esto no un crimen, sino un desquite por las atrocidades que cometía.*

El mismo P. Farruco tuvo que disculpar a los que habían matado a Angulo, cuando éste le consultó un conocido hacendado suyo, sobre lo que debería hacer con los «criminales», que

ahora trabajaban en su hacienda. La respuesta del P. Farruco fue la siguiente:

Que sinceramente, no consideraba criminales, ni asesinos a los kugapakoris, ya que solo se habían defendido de un enemigo, como era el señor Angulo, que les había hecho muchas muertes anteriormente, y entonces iba hacer una correría. Que solo se había cumplido el evangelio, que 'quien a hierro mata a hierro muere'.

3. El penal del Sepa

Fui nombrado capellán por el Ministerio de Justicia de la Colonia Penal Agrícola del Sepa, desde su fundación hasta cinco o seis años más tarde. Asistí a la inauguración y primeros hechos sucedidos en ese Penal.

Con estas palabras, abre el P. Farruco el capítulo de sus memorias, referente a una de las capellanías más aventuradas que hayamos tenido nunca. Ya en la entrada al Sepa con toda la Directiva del Penal, incluido el P. Farruco, el avión que los llevaba tuvo que regresar a Lima dos veces por el mal tiempo y la tercera vez no les faltó nada para estrellarse contra alguno de los cerros de la selva por causa de una mala indicación de la altura en los mapas de vuelo.

El penal fue fundado por el Presidente de la República, General Manuel Odría, que *quiso copiar lo establecido en otros países y que había tenido relativo éxito*. Situado cerca de la

desembocadura del río Sepa, los muros principales de la prisión eran la inmensidad de la selva con una muy difícil escapatoria para quien lo intentara, como así sucedió.

La mayor parte de los condenados por crimen eran serranos, campesinos, que por ganado, límites de tierra o regadío, habían cometido alguna muerte. Estos serranos despreciaban a 'los vagos', que generalmente, eran rateros, viciosos y holgazanes hasta lo increíble. Como les permitían vivir apartados en sus chacras, casi todos los serranos pidieron trabajar por su cuenta, estableciéndose por los alrededores hasta diez kilómetros del centro del Penal. En sus chacras, criaban cerdos, muchas gallinas y patos; tenían buenos yucales, maizales y arrozales. La mitad del producto era para ellos y la otra mitad para la Colonia del Penal. Solo acudían a la Dirección del Centro para pedir azúcar, petróleo para sus lamparines y algunas cosas más. Estaban muy contentos y algunos consiguieron traer a sus familias de Lima o de su tierra. Ninguno de ellos se fugó ni intentó la fuga. Más tarde fueron estos presos, los que proveyeron de carne y arroz al Penal. Aquellos que tenían algún oficio, como carpinteros, zapateros, sastres, barberos etc., podían poner su taller o local, sacando su buena plata...

...Los vagos, la mayoría de los cuales eran de la capital, no querían trabajar por su cuenta, sacándoles la Dirección a cultivar los terrenos y hacer sembríos, yendo en

cuadrillas, con un empleado y un guardia armado con un fusil.

Estos presos vagos son los que más de una vez intentaron fugarse del Penal, sin apenas éxito alguno. Siete de ellos, que habían elaborado un plan de fuga para dirigirse a Pucalpa, a más de mil kilómetros del Penal, después de caminar quince días sin parar, al final fueron detenidos por los guardias de la prisión; creían haberse alejado de la Colonia del Sepa por lo menos doscientos kilómetros, cuando tan solo habían sido treinta, es decir, dos días de camino. Caminar por la selva siempre era complicado, con el riesgo de estar girando alrededor del punto de partida, sin apenas avanzar nada. Las odiseas de algunas de estas fugas fracasadas merecerían un capítulo aparte.

Una buena parte de estos presos tenían historias truculentas y escabrosas de las cuales el P. Farruco cuenta algunas. Aquí tan sólo transcribiremos una de ellas:

El decano de los presos era uno que se llamaba Morfino, y que apodaban 'El Pollo'. Llevaba treinta años de preso, y decía con orgullo, que en toda Sudamérica era el segundo que más tiempo llevaba de preso; solo le ganaba un chileno por dos años. Había realizado tres muertes; la última la de un guardia al pretender fugarse de la Isla Penal San Lorenzo, cerca de Lima. Un día se presentó al Director, diciéndole, que si quería podía cargarse a uno que estaba dando mucho que hacer al Director, pues

que una muerte más o menos no tenía para él mucha importancia. Le gustaba mucho contar sus hazañas de bandolero.

En la primera etapa, el Penal del Sepa funcionó bastante bien, gracias a su Director Manuel

Basulto que tenía el apoyo del Presidente del Perú, Manuel Odría, pero al cesar éste empezaron a no enviar desde el Ministerio de Justicia de Lima las cantidades presupuestadas para el buen funcionamiento del Penal, lo cual



En el penal del Sepa. P. Silverio Fernández, P. Pascual Alegre, P. Francisco Álvarez, Manuel Basulto, Hernán Basulto, hijos del director del penal, Manuel Basulto.

causó varios motines y huelgas de los presos. Los buenos oficios de los Padres Ricardo, Silverio y el mismo Francisco, evitaron que los conflictos del Penal hubieran desencadenado situaciones de violencia de consecuencias imprevisibles.

Antes de abandonar el cargo el Director Manuel Basulto,

había dejado dos grandes aserraderos, levantado un magnífico edificio muy amplio para los presos..., una buena escuela y una iglesia, muchas casas para los empleados y familias de los guardias, un hospital de dos pisos..., y un buen campo de aterrizaje de mil doscientos metros de largo por cien de ancho. Puso también en funcionamiento una ganadería que al terminar él subía a más de ciento cincuenta reses; un gallinero con mil gallinas, más de quinientos patos y doscientos pavos.

Pero al marchar el Sr. Basulto, todo cayó en vertical... Al año ya no quedaba ni un pato, ni una gallina, ni un pavo. Todos los habían comido, vendido o regalado a los personajes importantes que visitaban el Penal.

A requerimiento del Ministerio de Justicia, el P. Farruco, redactó un informe en los siguientes términos:

La única solución del Penal del Sepa, era trasladarlo a un lugar de la costa donde pudiera ser mejor atendido. Que después de la marcha del Sr. Basulto, no había posibilidad de solución, pues el Penal había caído verticalmente no habiendo posibilidad

de levantarlo ya que los mismos del Ministerio de Justicia en Lima eran los que más interés tenían en que no se levantase, porque si llegara a abastecerse por sí mismo el Penal, como era el pensamiento del Sr. Basulto, entonces suprimirían el presupuesto que había para el Penal y del que se aprovechaban muchos en Lima. De los cinco millones que se suponía el presupuesto para el sostenimiento del Penal, solo llegaban al Sepa medio millón, pues los restantes quedaban repartidos en Lima del Ministro para abajo. Y suprimido el presupuesto, ya no tenían donde robar toda esa gente. Que le manifestaba todo eso para su conocimiento, ya que acaba de tomar el puesto de Ministro de Justicia, y quizá nadie le informase. No le gustó nada el informe recibido. Me contó el nuevo Director que el Presidente de la República lo había leído también y que le dijo al Ministro: Este curita nos tira con bala y certeramente.

Después del intento fallido de sanear y recuperar el Penal del Sepa de un buen director español del país vasco, llamado Irisarri, llegaron otros Directores y nada hicieron, siguiendo la cosa de mal en peor...

No hay duda que la idea del Presidente Odría, era muy buena, y podría haber sido una gran cosa, pero fracasó... Como me decía un preso: Nosotros somos ladrones con certificado y diploma, pero nos ganan otros que no ostentan esos títulos ni los tienen oficialmente.

4. Tanganas, remos y flechas

Por el interés descriptivo y detallado que hace el P. Farruco de estos sacrificados viajes por el río, a golpe de remos y tanganas, que antiguamente era el medio ordinario para trasladarse de un sitio para otro, nos hemos limitado a transmitir las narraciones que él hace de ellos.

En la selva amazónica aun se emplean medios y elementos considerados vestigios de la antigua barbarie, pero también se conservan... las hermosas y sanas costumbres de la edad de oro como el cariño, la amistad, el respeto, la hospitalidad y la hermandad con todos.

El selvícola auténtico ya sea salvaje o civilizado usó, usa y usará por muchos años el arco y las flechas, el remo y la tangana para cazar o pescar lo necesario para sus sustento, y para transitar en su frágil embarcación los solitarios y hermosos ríos de la amazonía.

La Tangana

La tangana se llama así a una pértiga para impulsar la canoa, yendo dentro de la embarcación. Son las tanganas unos palos largos de cañabraba... de unos tres o cuatro metros de largas, delgadas y flexibles que hincan en el suelo junto a la embarcación y al compás todos, impulsando la canoa. Generalmente llevan una velocidad de unos cinco o seis kilómetros por hora.

Se usa generalmente para navegar río arriba y es fuerte la corriente. Los que manejan la tangana se les llama punteros por ir a la punta o extremo de la proa de la embarcación. Meten las tanganas, alternativamente por el borde la canoa. Es decir si son cuatro, el primero y el tercero la introducirán por uno de los lados, y el segundo y el cuarto por el otro. Los cuatro irán al compás al introducirla, dando el impulso a la vez. Cuando se mueven con vigor la canoa irá a la velocidad de un hombre a buen paso...

Es hermoso ver la soltura y elegancia con que prenden la tangana, echando el cuerpo para adelante y levantando el pie de atrás, al fin de que al clavarse la tangana, el peso del cuerpo imprima el impulso a la canoa. En sus torsos desnudos resaltan todos los músculos de los vigorosos brazos al hacer el esfuerzo con las tanganas clavadas en el agua.

En las fuertes correntadas la embarcación camina despacio venciendo la corriente centímetro a centímetro; las tanganas tabletean, temblando en los flancos de la canoa como si fueran ametralladoras disparando. Cuando el piso es hondo y no alcanzan al suelo, el popero echará contra la orilla la proa de la canoa, y los punteros irán apoyando los palos en las ramas de la orilla o en las rocas, y con esta fuerza diagonal irá subiendo.

Es interesante ver el gran equilibrio que tienen los punteros que van de pie en la

canoa y por más movimientos que hagan parece que van clavados a ella. Da la sensación que tienen el centro de gravedad en los calcaños, ya que por más que se les mueva o golpeen regresan inmediatamente a su lugar o posición recta. Muchas veces les vi alzar un pie para sacarse una espina o rasparse, y a pesar de los bandazos de la embarcación no les afecta nada para mantenerse en equilibrio. Sin embargo a nosotros los novatos, cuanto más asentamos los pies más fácilmente caemos por cualquier movimiento insignificante de la canoa...

El Remo

Atrás en la popa se sienta el que la dirige, introduciendo su remo en el agua, que hace de timón. A los remos se denominan también canaletes o palas. Suelen ser cortos como de metro y medio y tienen en el extremo una pala ancha que es la que hace de timón y al coger mucha agua mueve la canoa en la dirección que se desee dar el impulso al remo.

Ventajas y atractivos de estos viajes

En los viajes a remo o tangana se disfruta plenamente del paisaje y se hace el río más familiar. Se conocen todas las curvas, todas las playas y pedregales de la orilla. En todos los caseríos se encuentran amigos y compañeros que reciben a uno con verdadero cari-

ño, sintiéndose honrados al aceptarles un café, un trago de chapo o de masato, que nunca falta en ninguna casa por pobre y humilde que sea. Por eso se atraca en casi todos los caseríos que se encuentre, sobre todo cuando son escasos y están distantes unos de otros, pues siempre les gusta echar una parrafada, oír y comentar las noticias que se traen y llevan por el río.

En los viajes de los veteranos misioneros aunque también se tenía prisa se andaba despacio para ver las cosas, para conocer los ríos, para amar las playas y comprender las islas y encariñarse con la selva... A medida que se va familiarizando con la selva se le va tomando gusto. Se da cuenta de la enorme variedad que existe en todos los órdenes y reinos de la naturaleza. Cada rincón tiene su encanto. Cada árbol su característica, y cada playa y puñado de arena su hermosura y suavidad que la diferencia de todo lo que le rodea. No hay playa ni cascajal, ni vuelta del río que no nos hable de algún episodio familiar: allí dormimos, allí matamos una pava, allá un mono. En aquel palo caído baleamos un tigre, allí cortamos tanganas, más arriba seguimos guanganas... Todos, todos los sitios y recodos guardan un recuerdo muy grato por lo general.

Contrapunto de la velocidad de los viajes a motor

La fiebre de la velocidad y de la prisa se ha apoderado de la humanidad y de las

ciudades, y está entrando en la selva. Tiene sus ventajas (lo que antes se tardaba más de una semana, hoy se hace en unas horas en la misma canoa con motor), pero no le faltan sus inconvenientes.

Hoy también se anda a prisa por los ríos de la selva. Ahora apenas nadie se detiene en sus playas. Se las mira de lejos como de paso. Queremos andar siempre con urgencia, cada vez más rápidamente, como si estuviéramos hambrientos de hacer pronto las cosas. Si se ven los ríos y las playas y las islas; pero no se las conoce, ni se las ama, ni se las comprende. Los motores han traído la rapidez y la comodidad, pero han alejado la amistad y el compañerismo por el río.

5. Roturar el campo evangelizador. Otro estilo de misión

En los comienzos de su actividad misionera, el P. Francisco asumió la opinión generalizada de los misioneros, explicitada en uno de sus escritos por el P. Wenceslao Fernández:

La vida del misionero en estas selvas... es una realidad totalmente distinta a la de otras misiones. Aquí no hay ciudades, ni pueblos, ni siquiera aldeas. Estos infieles son en su mayoría de un vivir completamente selvático. Viven en pequeños grupos nómadas. Prácticamente son completamente ateos. No hay en ellos absolutamente más moral

y aspiraciones que dejarse llevar de los instintos naturales...

Asumiendo el P. Farruco esta mentalidad misionera, a la cual no le faltaba su fuerte fundamento, debido al estado de marginación, persecución y olvido en que se encontraba el indígena amazónico, como hicieron la mayoría de sus compañeros, nuestro misionero vio que lo primero que había que hacerles era una vida más humana, más digna de un ser humano. Por eso nuestra misión es dura y desalentadora. En muchos años no se espera ninguna conversión al cristianismo, ni se busca pues sería inútil... Hay que ir paso a paso pues la naturaleza no va por saltos ni a marchas forzadas. Nosotros abrimos paso solamente. Otros vendrán más tarde a labrar la tierra que hemos roturado o desmontado. Otros sembrarán la semilla y otros vendrán a cosecharla recogiendo el fruto... Conscientes de nuestra labor primera, no soñamos en triunfos de conversiones, ni en palmas de conquistadores. No llevamos el Crucifijo en las manos, sino en el machete, el hacha y el azadón para enseñarles a roturar el monte y labrar la tierra para elevar su cultura. Por eso antes de construir la Iglesia, hemos construido una casita para poner la primera escuela y enseñarles las primeras letras. El Crucifijo lo llevamos en el corazón, dentro del pecho para que nos sirva de aliento, insignia y expresión de nuestro anhelo. Estas líneas están escritas en el año 1949.

En el año 1957 el P. Farruco ya apuntaba a la recogida de algún fruto importante: Desde que se fundó la Misión disminuyó grandemente el



El P. Francisco en visita a machiguengas del río Palotoa.

tráfico de menores, y en el Urubamba casi se ha suprimido. Es la labor y trabajo eficaz de las Madres, de las señoritas misioneras, y de los misioneros...

Y otros logros bastante más complicados que el que acabamos de señalar, como ir logrando una mínima convivencia entre Amahuacas y Yaminahuas enfrentados entre sí permanentemente. El P. Farruco, en los primeros tiempos

de la Misión del Sepahua, tuvo noticias de una matanza que hicieron los Amahuacas de sus vecinos Yaminahuas, a la cual ellos no le daban excesiva importancia, como relata el P. Farruco en una conversación mantenida con su compadre Elías, jefe de los Amahuacas. Transcribamos el diálogo entre ambos personajes:

- *¿Cómo estás compadre?, dijo nada más verme.*

- *Yo bien compadre. Siéntate y fumamos un cigarro antes de comer.*

- *Charlamos un poco de todo y al fin me sacó la cuestión de los yaminahuas.*

- *¿Y dónde estuviste escondido todo este tiempo compadre?*

- *Pues dentro del Simbillo. Un afluente del Sepahua.*

- *Pero, agregó, yo no soy criminal. No maté a ninguno con escopeta ni machete.*

Sabía que en el cercano Penal del Sepa... estaban presos los criminales; es decir los que habían matado con pistola o con puñal, que era como decir con arma de fuego o arma blanca.

- *No tengas miedo compadre. Tú, como dices bien, no eres un criminal ya que no mataste a ninguno de estos yaminahuas ni con puñal ni con pistola. Ya avisé a los guardias, que tu no eres criminal y que no te cogiesen.*

- *Me explicó que él había prohibido a todos usar las escopetas y los machetes; que*

solo usasen las flechas. Pero que Indocóa había matado con su escopeta, y que ese sí era criminal. Él solo había metido a algunas mujeres con la cabeza dentro del agua, y que a los niños de pecho les volteaba la cabeza hasta que sonaba un chasquido en el cuello.

- *¿Verdad compadre que no soy criminal? Terminó diciendo.*

- *No, compadre. No tengas miedo. Ya te dije que avisé a los guardias que tú no eras criminal, y que no te molestasen en nada. Así que estate tranquilo.*

A base de una paciencia aniquiladora con los hijos de la selva, como había dicho su paisano el P. José Álvarez, también él fue conociendo, compadeciendo y amando el sufrido y complicado mundo nativo. No tardarían en llegar los frutos. Incluso más, el P. Farruco, como los mejores misioneros del Vicariato, encontraría en el mundo nativo una serie de valores, que en contacto con el mundo civilizado, desaparecerían o quedarían muy contaminados. Esta es su reflexión:

A veces me pregunto si será más útil y beneficioso el que se incorporen completamente a lo que nosotros llamamos civilización. O será más humano el que sigan en sus costumbres primitivas. La civilización les trae indudablemente muchos beneficios, pero también les enseñan vicios y necesidades completamente extrañas y dañinas. Y uno no sabe que responder. Solo queda el consuelo de que se hacen cristianos e

hijos de la Iglesia, y pueden más fácilmente entrar en el cielo.

También se atrevió el P. Francisco en cuestionar algún modelo de misión que hasta entonces era referente inequívoco para la mayor parte de los Puestos de Misión.

En uno de los primeros años que estuve en la Misión del Rosario de Sepahua hice un informe algo extenso sobre lo que se debía hacer, y cómo se debía organizar y orientar la Misión. Lo dirigí al Sr. Obispo Mons. Graín. Entre otras cosas decía que no estaba conforme con el sistema y orientación que tenían las Misiones de Chirumbia y Koribení, que eran las que yo conocía. Porque esas misiones, decía, estaban orientadas y se dirigían casi como una Hacienda más, ya que se fundamentaban en los cafetales y buena ganadería para sostener la Misión, claro que sin descuidar la formación religiosa y cultural de los machiguengas.

Al ser casi como una Hacienda más, siempre estaban en líos y dificultades con las Haciendas vecinas ya que los machiguengas se venían a la misión y con ello perdían peones necesarios para sus trabajos. Había machiguengas en Ccochayoc, Echarate y otras haciendas, a veces en bastante mayor número que en la Misión; y a estos machiguengas no se les atendía en lo más mínimo. Esto nunca me pareció bien, ya que los misioneros debían mirar por el bien

y bienestar de todos los indígenas en cualquier lugar donde estuviesen...

Todo esto –continúa manifestando el P. Farruco– citando casos, lo consigné en el informe e insistía en que mi opinión era que la Misión del Sepahua debía orientarse única y exclusivamente a la formación religiosa e intelectual de los indígenas de toda la región del Bajo Urubamba, y que no debíamos de adquirir ningún terreno; todo lo más lo indispensable para la Misión y las chacras para el internado. Para la Misión bastaría media o una hectárea y para las chacras del internado unos lotes pequeños en los márgenes del río Sepahua o en su desembocadura...

Como era de prever su informe no fue del agrado de todos los misioneros, y es que no era fácil encontrar al método misionero evangelizador adecuado, en una realidad tan compleja como el Vicariato Misionero del suroriente amazónico peruano. No obstante creemos que la inteligencia natural y el gran sentido práctico de que estaba dotado el P. Farruco avalaban sobradamente su leal análisis crítico.

6. Rosario en las playas

En las expediciones por los ríos:

Antes de la cena se reza el Santo Rosario sentados alrededor de la lumbre. ¡Cuántas veces podría verse este cuadro en una pla-

ya! Un misionero sentado sobre la arena, en un tronco ó en una piedra con el rosario en la mano y rodeado de unos cuantos desarraigados indígenas rezando esa hermosa plegaria a la Virgen. Sentados en cuclillas alrededor de la fogata, de lejos parecen un campamento de gitanos o de beduinos del desierto.

El misionero en medio de la oscuridad dirige el rezo y maquinalmente eleva la vista al firmamento y la clava en las estrellas, pareciéndole ver que la Virgen María sonríe desde más allá de estas lejanas estrellas, al escuchar la sencilla plegaria que se eleva al cielo desde una solitaria playa, y que brota del corazón de ese puñado de hombres cristianos de la Misión.

Después de cenar:

En la sobre mesa, cara a las estrellas, se habla de las contingencias del día comentándolas largamente y de los más diversos temas... Me preguntan: ¿Es verdad que en el cielo hay una cocha (laguna) grande llena de peje donde se va a pescar? ... En el cielo hay cosas mucho mejores. Dios nos dará allí mucho más de lo que podemos apetecer. Él es muy bueno y nos pide que nosotros también lo seamos para llevarnos al cielo.

Otro pregunta: ¿Es verdad que las islas y las playas tienen madre? No hombre. Dios es el que ha hecho todo y solo Dios es el cuidador de las playas, de las islas de los cañabravales, de los ríos y del monte. Lo

demás son cuentos y leyendas de los anti-guos puros porque no conocían a Dios.

A continuación el P. Farruco, con gran respeto, les rememora una de esas hermosas leyendas que le habían contado los machiguen-gas acerca de las fuertes crecientes del río en la época de lluvias y que era muy del agrado de sus compañeros de viaje:

En los meses de creciente, es decir de noviembre a marzo, los ríos bajan crecidos y muy sucios. ¿Sabéis por qué? Pues porque la creciente tiene madre y todos le tienen miedo, no sólo las gentes sino el mismo río, las islas, las playas y el monte. Todas las cosas tienen miedo a la madre de la creciente. En esos meses la creciente baja a las grandes cochas y, furiosa, revuelve el agua y la ensucia y pone turbio los ríos. Los ríos corren entonces más porque tiene miedo y sus aguas quieren escapar del cauce del río, huyendo a esconderse en el monte, y por eso hay inundaciones. En el invierno en tiempo de aguas no hay playas ni cascajales. Es que las playas y cascajales también tienen miedo a la madre de la creciente y se esconden debajo del agua y no quieren que nadie se asolee en sus arenas. Las islas chiquitas de miedo se zambullen en el agua, pero no aguantan mucho y pronto se cansan y se asoman a respirar. Por eso por Abril son las primeras que asoman su cabeza sobre la superficie del río para ver el sol y respirar. Corren la voz por debajo del agua y a su ejemplo van saliendo poquito a poco todas las playas y cascaja-

les. Las playas salen gozosas y se tumban a tomar el sol, y a secarse en las vueltas del río o detrás de alguna isla. Como recién han salido del agua de mañana están frescas y limpias, y al atardecer tienen calientes y blandas sus arenas. El río ya no tiene

tanta prisa y va más mansito y en el espejo de sus aguas peinan sus islas sus cañabravales; en el se miran los árboles y barrancos de las orillas. A veces viene de improviso alguna creciente retrasada y sorprende jugando en la orilla a las islas y pla-



En visita a la comunidad machiguenga de Palotoa

yas después de tomar el sol. Se enoja la corriente y juntando palos y troncos en las palizadas se los arroja, pero nada les hace porque ya no tiene fuerza. Ellas se ríen y, sin enojarse, reciben en su regazo esos palos y los ponen al sol para secarlos; por eso en las playas hay tanto palo seco muy bueno para cocinar.

Y con estos recuerdos entrañables de sus antepasados se despedía el día:

Cada cual se acomoda bajo su mosquito-ro, y al poco rato no se oye en la playa más ruido que el del río, los peces que saltan y el de los animales nocturnos que de tanto oírlos ya no molestan. Todos duermen menos el misionero, que tiene aún entre sus manos el Santo Rosario, y que sigue rezando acostado sobre la arena. Pero una de las Ave Marías no termina de salir de sus labios: también él se ha dormido.

Epílogo completo

Al finalizar este pequeño trabajo somos conscientes de que no ha sido fácil hacer una síntesis del Diario del P. Farruco. Forzosamente he tenido que escoger algunas cosas y dejar otras, sin saber con certeza si he tomado la mejor opción. Como decíamos al principio quizás algún día el Diario se publique entero.

Otro pensamiento que nos ha acompañado durante el tiempo que hemos dedicado a la lectura y resumen del Diario, es que en estos escritos están contenidos, como mucho, veinticinco años de su vida; quince de ellos sin duda los más importantes y de mayor intensidad misionera. Pero el P. Farruco vivió ochenta y dos años, de los que setenta y uno fueron dentro de la Orden Dominicana. Sabemos por otra parte que la enfermedad de la malaria que contrajo en su última expedición al Purús puso límites a su salud, pero pienso que aún así, sería un buen trabajo conocer y completar el resto de su vida. De momento no ha sido poco el poder rescatar del olvido su apasionante Diario.

Finalmente queremos terminar nuestro libro-homenaje al P. Farruco con uno de los mejores y más fidedignos testimonios hacia su persona: el del curaca Elías, su compadre, jefe de la tribu de los amahuacas, que fueron el terror durante unos años por el Bajo Urubamba donde causaron innumerables víctimas. La inteligencia, paciencia y bondad del P. Farruco consiguió que poco a

poco fueran recibiendo la entraña del evangelio: el amor y el respeto entre los seres humanos sean de cualquier tribu. Los misioneros llevaron a Elías a visitar Lima estando ya el P. Farruco en España. Desde el primer momento lo que más quería ver el jefe amahuaca, era el mar. Una vez que Monseñor Javier satisfizo su curiosidad, le preguntó que porque tenía tanto interés en ver y visitar el mar. Le contestó Elías: *Porque sé que mi compadre el P. Francisco, está en la otra banda del mar, y quería ver si se distinguía o no la otra orilla del mar donde está mi compadre.*

El P. Farruco, curtido por miles de duras batallas durante su estancia en la selva, cuando se enteró de las palabras de su compadre no pudo por menos de abrir de par en par su gran corazón: *Tanto los piros como los amahuacas me tenían todos mucho cariño por los años que pasé compartiendo con ellos sus penas y sus alegrías.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de Abril de 2011
en la Imprenta GRAFIMAG S.R.L. - Jr. Ica 713 - Lima 1 - Perú
Telefax 424-7531 - E-mail: grafimag@amauta.rcp.net.pe

COLECCIÓN CENTENARIO



VICARIATO APOSTÓLICO
DE PUERTO MALDONADO



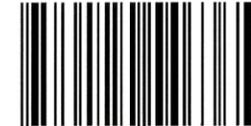
VICARIATO REGIONAL
MISIONEROS DOMINICOS



Centro Cultural
José Pío Aza
www.selvasperu.org

SERIE PERSONAJES

ISBN: 978-612-45463-6-5



9 786124 546365